

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XII. — NÚM. 572

Madrid, 15 de Enero de 1931

PRECIO: 15 CÉNTS.

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

«Y Jesús crecía en sabiduría y en edad y en gracia para con Dios y los hombres.»

SAN LUCAS, II, 52.

EL recuerdo bendito del Niño-Dios llena todavía nuestros corazones y mentes con dulces efluvios de luz y de gozo; es el Misterio de Belén, entre todos los misterios de la fe cristiana, el que más conmueve el alma y el que más nos obliga a un rendimiento absoluto y duradero. Si en el pobre amor humano, con todas sus flaquezas e imperfecciones, vemos cómo no hay nadie ni nada que se resista ante un niño, y cómo en estos días de fiesta de niños, grandes y pequeños, hombres y mujeres, pobres y ricos, se preocupan no más que de agasajar y tener contentos a los niños, nos explicamos muy bien que en el amor a Dios, los afectos más tiernos y profundos se desborden ante la evocación del Divino Infante, que, meciéndose en pobre cuna, llora y sonríe de amor infinito por el pobre pecador.

Pero Jesús-Niño no sólo nos enternece y embelesa, sino que ya nos enseña. Desde luego, nos enseña a aprovechar el tiempo. ¡Gran lección de año nuevo! No tiene el Niño más de doce años y ya se ocupa en *aprender* y *enseñar* lo que más importa saber: la ciencia de la salvación. «Y aconteció que tres días después (de haberlo perdido sus padres) le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles; y todos los que le oían se pasmaban de su entendimiento y de sus respuestas.»

Y tanta importancia daba el Niño a esta labor, que no reparó siquiera en el dolor de sus padres, que le buscaban con afán por todas partes. Era, como Él mismo les

decía, que en los *negocios del Padre celestial* le convenía estar ante todo y sobre todo. Es decir, que Jesús-Niño nos enseña no sólo a emplear bien los días en el trabajo, sino a emplearlos en *lo mejor* y a costa de los mayores sacrificios.

Por esto, Jesús *crecía* en sabiduría y en gracia, al mismo tiempo que en edad. He

rón perfecto, a la medida de la edad (de la *estatura*, dice la versión hispanoamericana), de la plenitud de Cristo...» Que cada día que pase, «siguiendo la verdad en amor, como dice el mismo Apóstol, crezcamos en todas las cosas, en Aquél que es la cabeza, Cristo».

¡La verdad en amor! Ésta es la *sabiduría y gracia* en que hemos de crecer. Éstas son las dos alas con

que hemos de subir muy alto en nuestra ascensión a Dios, que es la suma perfección. Crecer en sabiduría es *escudriñar*, estudiar a fondo, hasta la entraña de un verdadero sentido, la Palabra de Dios, para poder cada día tener una más clara visión de lo que es Dios para nosotros y de lo que nosotros debemos ser para Dios, ya que es bien sabido que sólo la Palabra de Dios es la útil y eficaz «para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra». Y a esta Palabra no la estorba, antes la sirve bien, el estudio de los demás conocimientos humanos que puedan ilustrarla. El cristiano que desea crecer en sabiduría y demandándola primero de lo alto, desde donde desciende, del Padre de las luces, se aplica con toda conciencia a la meditación de la Palabra de Dios, ni teme ni desdeña la adquisición de las ciencias humanas; en las que puede reforzar sus argumentos de defensa de la fe que hay

que ofrecer bien cimentada a los que hemos de atraer a la verdad del Evangelio. ¡Pobre fe la de aquéllos que tienen miedo de exponerla al toque con la ciencia moderna, como si el aire de la calle pudiera hacerla daño! No es la mucha ciencia la que nos alejará de Dios, sino la poca ciencia. La fe del inconsciente es la que puede peligrar en estos tiempos de depuración de valores espirituales.



El niño Jesús en el templo.

(Dib. de W. Hole.)

aquí todo el ideal del cristiano: crecer, progresar, ir hacia adelante. Estancarse en la vida espiritual es retroceder y «ninguno que, poniendo su mano al arado, mira atrás, es apto para el reino de Dios».

En los albores de un nuevo año éste debiera ser también nuestro más decidido propósito: avanzar, crecer, «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un va-

Pero la sola sabiduría, el solo conocimiento de la religión, no basta; como no basta una sola ala para volar alto. La verdad en amor, la sabiduría y la *gracia*. Estas dos cosas son necesarias y han de ir siempre juntas en la vida del cristiano. Si poseemos la verdad y no la utilizamos para el amor, para el servicio y bien de nuestros prójimos, de nada nos sirve; peor que de nada, pues nos serviría para mayor condenación, ya que, sabiendo que Dios es amor y que quiere que todos nos amemos en Él y por Él, no obedecemos su precepto ni secundamos sus designios de amor.

Jesús crecía en sabiduría y en gracia para con Dios y los hombres; por eso cada día su corazón se inflamaba más y más en el amor divino y en el amor a los hombres, a quienes venía a salvar; y toda su vida la pasó *haciendo bien*. Bien a los

ciegos, dándoles luz; a los tullidos, haciéndoles andar; a los muertos, resucitándolos; a los tristes, alegrándoles, y a los trabajados y cansados, proporcionándoles descanso y paz.

¡Oh, qué programa tan hermoso nos presenta el Divino Maestro y Modelo para el nuevo año! Si nosotros acertáramos a imitarle en este crecimiento en sabiduría y gracia, y siguiendo la verdad en amor creciésemos en todas las cosas: celo por el cumplimiento más exacto de los deberes religiosos; mayor interés por Cristo y por su Iglesia; un afán creciente por la salvación de las almas; un amor y espíritu de sacrificio más acentuados por hacer el bien que podamos; ¿no es verdad que así, y sólo así, podríamos asegurarnos un año de bendiciones sin cuento? Probémoslo, que vale la pena.

AGUSTIN ARENALES.

¡CAMBIAR DE RELIGIÓN!

MAURICIO era un hombre indiferente en materia de religión. Entraba a la Iglesia sólo cuando tenía que cumplir con algún deber social, un bautismo, casamiento, funeral. No creía nada, hablaba mal del clero, trataba de fanáticos y retrógrados a los devotos sinceros; pero, como tantos otros, se creía buen católico y decía con cierto aire de orgullo: «Yo tengo mi religión».

Aconteció que pasaba un día frente a una capilla evangélica, y, al oír cantar, se detuvo por curiosidad. Entró y, como comenzaron a predicar, tomó asiento para oír lo que se diría.

El pastor abrió la Biblia y leyó las siguientes palabras, en el capítulo XXXIII del profeta Ezequiel: «Vivo Yo — dice el Señor Jehová — que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿y por qué moriréis, oh, casa de Israel?»

El predicador empezó a desarrollar su tema, teniendo por base las palabras que hemos citado. «Olvidarse de Dios — decía — es cometer la más fatal de todas las equivocaciones; es privarse del gozo inefable de sentir que Dios está a su lado; es exponerse a caer en pecados que dan frutos amargos, y nada digamos de la terrible suerte que espera a los tales en el más allá».

Todo lo que oyó esa noche produjo en Mauricio una impresión profunda y saludable, y no podía borrar de su mente aquellas palabras: «Volveos, volveos, ¿por qué moriréis?»

Deseoso de aprender algo más, volvió a la capilla el Domingo siguiente, y oyó nuevas cosas que le agradaron. Continuó asistiendo con toda regularidad, y, finalmente, se convirtió, es decir: aceptó a Cristo como su Maestro y Señor, y creyó

de todo corazón que por su muerte en la cruz estaba salvado. Esta conversión le transformó por completo: dejó la bebida, las carreras, la lotería y toda costumbre que conceptuaba no estar en armonía con una sana y limpia conducta cristiana.

La noticia de su conversión circuló pronto entre sus parientes y amigos. Algunos la comentaban risueñamente; otros, decían que iba a ser de corta duración; otros, la miraban con entera indiferencia; pero algunos se pusieron furiosos, y, escandalizados, exclamaban: «¡Cambiar de religión! ¡Dejar la fe de sus padres!»

No se detenían a averiguar si lo que ahora creía era verdad o mentira, o si tenía sobre su vida buenos o malos efectos. Todo se limitaba a reprocharle amargamente el haber abandonado la huella de sus antepasados.

¿Tenían razón los que así juzgaban? ¿Cambiar de religión es en sí un hecho reprochable? Veámoslo. San Pedro dijo: «Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos de los Apóstoles, IV).

Dios ha dado a cada ser humano ojos para ver, oídos para oír y mente para pensar. Debe buscar la verdad, leer la Biblia para conocer la voluntad de Dios, y, una vez hallada, debe seguirla sin miramientos de ninguna clase, pese a quien pese y cueste lo que cueste, pues en asuntos de conciencia somos responsables tan sólo delante del Todopoderoso.

Nuestros deberes para con Dios son superiores a los que tenemos con los hombres, aunque se trate de los seres más allegados y queridos. Jesucristo enseñó que, aun cuando tengamos que entrar en conflicto con aquellos a quienes amamos, es menester seguirle. Dijo así: «No penséis que he venido a meter paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino

espada. Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí» (San Mateo, X, 34-37).

El que quiere seguir la religión de sus padres sin preocuparse de saber si ésta es la religión que Cristo enseñó, coloca a sus padres por encima de Cristo, y eso, por supuesto, es una rebeldía contra Aquél que debe recibir la más completa obediencia de todos los que se llaman cristianos.

Debemos tener el mayor respeto para nuestros padres, y estarles agradecidos por lo que nos han enseñado; pero hacer de esas santas y dulces obligaciones cadenas eternas al pensamiento, sería decretar la perpetuidad de todos los prejuicios y el estancamiento de la Humanidad.

«Para llegar a la verdad — dijo Rafael Altamira — el hombre necesita tener libre el camino de su investigación y dispuesto el espíritu para abandonar todo resultado anterior, una vez que el estudio le demuestre su inconsistencia».

Decir que tenemos que seguir la religión de nuestros padres es constituirlos en jefes y directores de cosas espirituales, misión que, sin duda, no corresponde a cada individuo que ha engendrado un hijo. No debemos preguntar: ¿Qué creyó mi padre o que creyó mi madre?, sino ¿Qué enseñó el divino Maestro cuando estaba en el mundo? ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras?

Nuestros antepasados siguieron y nos enseñaron lo que ellos creyeron ser la verdad, y muy bien hicieron; pero no debemos olvidar que no eran infalibles. Podían estar equivocados o tener luces muy limitadas.

No constituye una falta de respeto a los padres el revisar las creencias que estamos siguiendo por tradición de familia. No es una honra para ellos decir que engendraron hijos incapaces de pensar por sí mismos y que no se atreven a dar un paso adelante en el camino de la vida.

Vemos todos los días que el padre ignorante desea tener hijos instruidos. Los manda a la escuela y muchas veces se sacrifica para que, por medio de la instrucción, lleguen a tener mejor suerte que la suya. Una vez que estudian, los hijos llegan a tener un concepto diferente o superior de todos los problemas de la vida, al que se había formado su bueno y rústico padre. ¿A quién se le ocurrirá decir que el hijo falta al respeto a su padre por haber ensanchado el horizonte de sus opiniones?

El viejo A, cree que las enfermedades se curan con palabras o con la simple mirada de tal o cual charlatán, porque son efecto de un *daño* o de alguna brujería. El hijo estudia Medicina y llega a saber que todo lo que cree su padre respecto a este asunto es mentira y superstición. ¿Cree alguien que el hijo ha hecho mal a

abandonar los conceptos erróneos que aprendió en el hogar? ¿Debe el hijo rechazar todas las conclusiones de la Ciencia y seguir aferrado a las ideas de su padre? Seguramente que no.

Tampoco hace mal aquel que se esfuerza en tener principios religiosos más de acuerdo con la verdad; aquel que deja de creer en pretendidas imágenes milagrosas o en vírgenes de palo que se detienen en tal o cual lugar para que le edifiquen un santuario, y sirva al Dios vivo y verdadero que mandó a su Hijo Jesucristo al mundo para que sea salvo todo aquel que en Él creyere; quien hallando que su alma se muere de hambre, al tratar de alimentarla con los ritos muertos del papismo, acude a las páginas del Nuevo Testamento para alimentarse del maná sublime que Cristo da a los que a Él se acercan.

Los curas procuran siempre contrarrestar la influencia de la propaganda evangélica apelando al sentimentalismo, haciendo creer a la gente que piensa poco, que aceptar el Evangelio es ir contra la patria y la familia. Si así es, ¿por qué mandan ellos misioneros a los países donde no se profesa el catolicismo? ¿Por qué dicen al mahometano, al budista, al protestante que deje la religión de sus padres? Esto demuestra que el tal zarandeado argumento clerical no tiene base ninguna.

Nuestros más lejanos antepasados eran fetichistas. En algunos pueblos antiguos se adoraba al cocodrilo, al buey Apis. Grecia y Roma, aun en los días de esplendor, seguían los mitos fantásticos del paganismo. ¿Dónde se encontraría la Humanidad si todos hubieran contestado a los profetas y apóstoles: ¡No queremos cambiar de religión! ¡Queremos seguir la fe de nuestros padres?

Gracias a Dios que no han faltado en el mundo hombres de arrojo que hicieron una brecha en la vieja muralla de los prejuicios y rancias tradiciones y salieron del encierro para ir al campo abierto donde se respiraba el aire de la libertad.

San Pablo dejó el judaísmo, aunque esto le costó el tener que romper los vínculos que le unían a la patria y a la familia, y a esa noble resolución se debe, en gran parte, que el Evangelio de Cristo se haya difundido por el mundo.

San Agustín cambió de religión cuando renunció al maniqueísmo y abrazó la fe cristiana.

En los tres primeros siglos de nuestra era los cristianos eran arrojados a las fieras para alegrar a las multitudes del circo. ¿De qué los acusaban? ¿De cambiar de religión! Morían porque el Emperador Diocleciano había dicho: «Cambiar las instituciones de los abuelos es el mayor de los crímenes». Y tan erróneamente como este perseguidor de cristianos, razonan los que ahora exclaman: ¡Dejar la religión de los padres! ¡Qué horror!

Mauricio tenía que defenderse contra los que le atacaban, y les decía: «No comprendo vuestro modo de pensar. Cuando

yo era casi un ateo, negligente a todo deber religioso, nada deciais, y ahora que voy al culto, que leo la Biblia, que confío en Cristo, que procuro mejorar diariamente mi vida, ponéis el grito en el cielo. Ahora estoy más cerca de la fe de mis padres que antes, y de lo que lo estáis vosotros mismos. No he dejado la Iglesia de Roma para ser menos cristiano ni menos religioso, sino más de lo uno y de lo otro. Con esto no ofendo la memoria de mis padres; la ofendería siguiendo la carrera del pecado y de la maldad, que por la gracia de Dios he abandonado para siempre».

San Pablo dijo: «Examinadlo todo; retened lo que fuere bueno». (1.^a Tes., V, 21.)

Cierto pensador dijo que al hombre que busca la verdad le ocurre a veces una cosa terrible: la encuentra.

Encuentra que estaba equivocado y que debe abandonar las ideas que definió con tanto calor. Encuentra que el edificio bajo el cual se cobija tiene los tirantes carcomidos y el techo está a punto de desplomarse, y le duele tener que abandonar la que le fué tan cómoda morada.

Examinemos sinceramente el puente que hemos construido para pasar de este mundo a la eternidad, y al descubrir su inconsistencia, vayamos a Cristo y echémonos a sus pies, seguros de que nos recibirá con amor, nos dará el perdón y nos conducirá hasta las moradas eternas.

JUAN C. VARETTO.

SEMBRANDO

«El que sembraba salió a sembrar.»

SAN MATEO, XIII, 3.

AQUEL día en que tuvieron lugar los acontecimientos narrados en el capítulo XII, Jesús salió de la casa en que estaba cuando se llegaron a Él los escribas y fariseos, pidiéndole que hiciera un milagro (San Mateo, XII, 38), con ánimo de instruir a las multitudes, ávidas de escuchar su palabra, ya que el hecho de sentarse junto a la mar, confirma su propósito de enseñanza, por cuanto los maestros judíos, para enseñar, siempre se sentaban.

Las multitudes comenzaron a rodearle; unos, para escucharle, pues a nadie habían oído hablar como Él lo hacía; otros, buscando alivio para sus propias enfermedades o las de sus deudos o amigos.

Una vez rodeado de aquellas gentes, Cristo subióse a un barco que en el mar de Galilea había, para evitar aglomeraciones que le impidiesen hablar y con el propósito de que todos pudieran verle y oírle, sentados en la orilla como se hallaban.

Y Jesús comienza a hablarles por parábolas, es decir, un hecho tomado de la vida común del que se deduce una enseñanza moral o religiosa. Probablemente entre aquel enorme gentío se hallaban varios sembradores, y Jesús, elige una de estas figuras para ilustrar a su auditorio acerca de la labor que estaba realizando.

«Un sembrador salió a sembrar» y echó su simiente en la tierra, preparada de antemano para la siembra; pero, a pesar de

sembrarla en un mismo campo, éste poseía diferentes clases de terreno, y así, la simiente no germinó por igual en todo él.

Hubo una parte que cayó junto al camino y fué hollada por los pies de los transeúntes y las aves que llegaron comieron la simiente; otra cayó entre pedregales, donde la falta de tierra impidió que arraigase con potencia, y, al despedir el astro matutino sus rayos, secóse; otra, cayó entre espinas, y su malévol influencia dejóse sentir en la simiente, ahogándola; y, finalmente, una porción pequeña de la simiente arrojada, cayó en buena tierra y produjo fruto «cual a ciento, cual a sesenta y cual a treinta».

Aplicación directa tiene para nosotros esta parábola, pues, aunque Jesús es el sembrador por excelencia, cada discípulo suyo debe trabajar en la gloriosa labor de esparcir la semilla de la Palabra de Dios.

Resulta equivoco pensar que únicamente los pastores, maestros, etc., son los llamados a difundir el conocimiento de «Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros». Lamentable error del que depende, en parte, que el reino de Dios no progrese tanto como sería nuestro deseo.

Cada creyente debe ser un sembrador constante de la Palabra de Dios. No debe pensar que no posee aptitudes. Es cierto que todos no pueden hacer una misma cosa; pero todos pueden hacer algo.

La siembra será en muchos casos, difícil, penosa; pero esto no debe desalentarnos. El sembrador también ha de trabajar mucho antes que pueda depositar su simiente en los surcos de la dura tierra por él mismo cultivada.

Sin embargo, después de esta tarea ingrata, el campesino siega el fruto de los campos, recogiendo con regocijo lo que tiempo atrás sembró con lágrimas.

También para nosotros será ardua, y a veces nos parecerá pesada, la tarea de esparcir la semilla de la Palabra de Dios.

Muchas veces pensaremos que no podemos soportarla por nosotros mismos, indudablemente; pero todo lo podremos en Cristo, que nos fortalecerá.

Quizá asomen a nuestros ojos, en ocasiones, lágrimas de amor; del amor que inflama nuestros corazones, para dar a conocer a las almas que nos rodean el mensaje de salvación en Cristo, que nos ofrece el Evangelio.

Hoy día, gracias a Dios, sienten muchas personas una inquietud religiosa; hay verdaderos deseos de conocer la verdad, de encontrar a Cristo tal y como es Él, como se nos muestra en el Evangelio.

Respondamos nosotros, los cristianos evangélicos españoles, a esa inquietud religiosa. Aprovechemos todas las oportunidades que el Señor nos ofrece para hablarles de su amor.

Sembremos... Cada día más y con mayor diligencia. Salgamos a sembrar como el sembrador de la parábola. No dará fruto toda la simiente esparcida; pero dará parte, la que Dios destine a ello.

Se nos presenta un nuevo año. Trabajemos en él con todo celo, en pro de nuestra causa santa, importándonos poco los sinsabores y contratiempos que podamos sufrir, pues, como dice el salmista: «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán». (Salmo CXXVI, 5.)

RAMÓN TAIBO SIENES.

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

CRÓNICA

Lo único necesario.

CON este título ha publicado el siguiente artículo *La Semana Parroquial de San Pedro el Real* (la Paloma), reproducido en algunos diarios madrileños, y que también nosotros creemos deber dar cabida y comentar en nuestras columnas:

«Aunque ya van estando un poco lejos aquellos años en que el vulgo español no acertaba a separar la política de la religión y alimentaba la creencia de que la religiosidad de nuestro pueblo estaba vinculada a determinada forma de gobierno, no por eso se han disipado todas las sombras de error, ni entienden todos con claridad bastante el valor trascendente de la religión sobre la política.

«¿República? ¿Monarquía? Lo que el pueblo quiera. No es pecado ser monárquico ni ser republicano. Lo mismo puede ser santo un republicano que un monárquico. Los pueblos tienen derecho a elegir la forma de régimen que más conveniente juzguen para el bienestar de los ciudadanos.

«Lo disparatado y absurdo es creer que la religión debe cambiar con el cambio de régimen, o creer que la religión alcanza vida más próspera en un régimen que en otro, o que la religión tiene preferencias por una determinada forma de gobierno.

«Nada de eso. La religión quiere y procura que se salven todos los hombres: blancos, negros, amarillos, europeos, monárquicos, asiáticos, republicanos o lo que sean. Así como Dios envía el sol todos los días para buenos y malos, así la religión verdadera quiere que la luz de la verdad llegue a todas las inteligencias, sean cuales fuesen las opiniones políticas de los hombres.

«La religión desea a los hombres el honesto bienestar necesario para la práctica de las virtudes, y ora constantemente a Dios pidiendo que aleje del mundo la miseria que dificulta la práctica del bien. Pero deja en libertad absoluta y plena las conciencias creyentes para que elijan los gobernantes que les han de procurar los bienes necesarios de la vida y dirigir sus esfuerzos a la consecución del bienestar terreno.

«¿Republicano? ¿Monárquico? Lo que quiera, con tal de que sea buen cristiano. Es lo único necesario e invariable.»

* * *

Quizá por primera vez vamos a estar de acuerdo con una hoja parroquial. Efectivamente, no se trata de una u otra forma de régimen político, sino de que la colectividad se ajuste a los principios de amor,

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA MILITAR

paz y justicia, fundamento de la doctrina cristiana, tal como nosotros creemos debe interpretarse el Sermón de la Montaña, cuyo valor social es innegable. No importa nada que el primer magistrado del Estado sea rey o presidente; lo esencial es que la nación, en su estructura, en sus costumbres, en privado y en público, esté cristianizada. Lejos, muy lejos de tan bello ideal, se encuentran hoy los pueblos todos. Aunque hay ansias de cristianización. De una cristianización en toda su pureza, libre de dogmatismos y adulteraciones. Pero pesan sobre los pueblos, mal llamados cristianos, taras ancestrales, viejos errores humanos, alejándonos más cada día de la doctrina pura, agradable, sencilla, divina, del Maestro de Nazareth. ¡Cuán otra sería la situación de las naciones europeas y americanas si el verdadero espíritu cristiano dominara en ellas! Todos los horrores de un ayer reciente, el ayer de la Europa trágica; todas las aflicciones, todas las angustias, todas las inquietudes del actual triste momento, toda la dolorosa incertidumbre del próximo mañana, no tendrían razón de ser, si todos, desde las cumbres del poder hasta el más modesto ciudadano, fuéramos cristianos, cristianos de verdad. Pero no lo somos. Nos creemos cristianos porque mojamos los dedos en agua bendita y luego nos persignamos; porque nos arrodillamos ante imágenes, negación de Cristianismo, aunque algunos no lo crean; porque rezamos oraciones aprendidas de memoria, dichas mecánicamente, sin que nuestra alma tome de verdad parte en ellas; porque nos confesamos con los curas, en vez de confesarnos con Dios; porque oímos misa, muchas veces sin saber lo que la misa significa, dicha en latín, para que nos enteremos menos; porque compramos la bula de la Santa Cruzada, o porque cantamos himnos, comulgamos con dos especies y leemos la Santa Biblia, casi siempre sin entenderla.

No; no somos cristianos. Por todo esto no se es cristiano. Podrá ser barniz de Cristianismo, pero no Cristianismo. Para ser cristiano es preciso llevar bien en nuestro espíritu, muy dentro del alma, en todo nuestro «yo», el Sermón de la Montaña, desde la primera bienaventuranza hasta su último versículo. Pobreza de espíritu, mansedumbre; mucha hambre y sed de justicia, empezando por ser justos nosotros mismos; misericordiosos con todo el mundo, limpios de impurezas, pacifistas a todo trance. Hay que ser «la sal de la tierra», porque, de lo contrario, no se sirve para nada, para las buenas obras características de Cristianismo. Hay que vivir cumpliendo los diez Mandamientos de la Ley, sin escamotear ninguno: ni el de las imágenes ni el que prohíbe matar, de ninguna manera, con ningún pretexto, lo mande quien lo mande. Nada de enojarse con nadie; no ser enemigo de nadie. Y, sobre todo, no jurar, está prohibido. Y el que tenga la desgracia de haber jurado, que no se perjure, que sea fiel a su jura-

mento. Evangélicamente, hizo mal jurando. Faltar al juramento es mucho más grave: un cristiano no puede ser perjuro, o deja de ser cristiano. Un cristiano tampoco puede ser hombre de violencia. Sólo puede ser hombre de amor. Y aquí sí que estamos bien de acuerdo con el artículo que comentamos: de un amor que no sabe de fronteras ni de razas, de creencias religiosas ni de opiniones políticas. Hay que querer a todos los hombres y a todas las mujeres, sin preguntarles de dónde son ni cómo piensan. Basta que hayan nacido, que vivan, para que los amemos, con todas sus virtudes o con todos sus vicios, con todos sus aciertos o con todos sus errores.

Si los pueblos europeos hubieran sido cristianos, no tendríamos que lamentar la gran guerra, que tantas lágrimas hizo verter, que tanta sangre y vidas ha costado, y cuyas consecuencias paga todavía la Humanidad como castigo, por no estar cristianizada. Si el espíritu de Cristo — no el Corazón de Jesús, esto es otra cosa —, reinara en altas regiones, ¿sería posible que los gobernantes declararan la guerra de su pueblo contra otro pueblo? ¿Serían posibles, no sólo las guerras de nación a nación, sino también las guerras coloniales y las guerras civiles? ¿Serían posibles los «protectorados», impuestos a la fuerza, aunque se disfrazen de «penetración pacífica»? No; ni estas farsas ni movimiento alguno de violencia. El amor de hombres a hombres, de clases a clases, de pueblos a pueblos y de razas a razas, no permitiría ningún género de luchas: ni guerras, ni revoluciones, ni huelgas. No sería posible ni el *soviet*, ni el *fascio*, ni el nacionalismo indio, ni la xenofobia china, ni el linchamiento americano, ni las cuarteladas y pronunciamientos tan a la orden del día. No serían posibles, porque en una estructura de amor no encontrarían ambiente, porque nadie habría dado lugar a la generación de tales desdichas. En una Humanidad de amor, ¿para qué los catorce puntos de Wilson, el pacto Kellogg, el paneuropeismo de Briand? ¿Para qué huelgas ni *lock-out*, ni paro forzoso, ni crisis de la vivienda, ni encarecimiento de la vida? El amor de todos a todos no daría lugar a tales contiendas, contiendas como la que ahora mismo tiene lugar: «los propietarios de minas de Gales provocan, con su intransigencia, un *lock-out*, que arroja de las minas a 160.000 obreros, y otro conflicto, de muy parecida indole, amenaza con paralizar todas las hilanderías de algodón de la Gran Bretaña».

La mayor parte de esos accionistas de minas y fábricas irán a misa o a cantar himnos en los templos protestantes, pero no son cristianos.

Tiene razón *La Semana Parroquial de San Pedro el Real*. Monarquía o República. Lo que el pueblo quiera, con tal de ser buenos cristianos. Pero cristianos de verdad, no falsos cristianos. No como la mayoría de los que por el mundo andan.

LUIS VILLOAZ.

Información Evangélica.

ESPAÑA

La Semana de Oración en Madrid.

Con la puntualidad y el recogimiento de siempre, se ha celebrado en Madrid la Semana de Oración. Los años pasan, las congregaciones se renuevan, los pastores se suceden, y siempre, siempre, desde que se estableció la Obra evangélica en esta capital, que es tanto como decir que desde el año 70, la Semana de Oración es observada por los evangélicos de Madrid.

Faltaríamos a la verdad si dijéramos que los locales habían rebozado de gente. Pero seremos veraces si decimos que ha habido muy buenas concurrencias, pese a las bajas temperaturas que, sobre todo de noche, venimos disfrutando desde que comenzó el año, y, a pesar de las personas ancianas y delicadas que hay en todas las congregaciones, y que se ven privadas por aquella razón de unirse con sus hermanos, aun cuando en espíritu lo estén dentro de sus mismos hogares.

La semana ofreció este año la novedad de que algunas de las noches hablaron jóvenes alumnos del Seminario Evangélico: Araujo, Mir, Ribeiro y Capó, los cuales fueron escuchados con verdadero interés y marcada complacencia por todos. Es un motivo de satisfacción y de esperanza que los jóvenes de nuestra pequeña escuela de profetas dan muestras de haber entrado por buen camino. Otros elementos jóvenes y de más edad tomaron parte, sin que un mismo orador dirigiera la palabra más de una vez en la semana.

Las reuniones estuvieron inspiradas por sentimientos de gratitud a Dios, de propia responsabilidad y de anhelo por bendiciones divinas, por todo lo que constituye un verdadero espíritu de oración. Esperamos que sean una adecuada preparación para los trabajos del año.

La Navidad.

Ponemos fin a las reseñas de las fiestas y demás actos de la pasada Navidad, con las siguientes:

Se ha celebrado en la Iglesia Evangélica de Sans (Barcelona), el día 25 por la tarde, resultando un acto de entera satisfacción para todos, alegrando nuestros corazones al conmemorar, una vez más, la misericordia de Dios al enviar a su Unigénito para salvarnos. Abundaron las poesías apropiadas al acto, recitadas por los pequeños de la Escuela Dominical, y algunos diálogos ejecutados por esforzados infantiles y jóvenes. El coro de la Iglesia cantó algunos himnos a cuatro voces, por cierto muy bien ajustadas, terminando nuestro pastor, D. Teodoro Fer-

nández, con un discurso que nos edificó a todos.

Esperamos que el Señor regará la semilla sembrada en el transcurso de dicho día, especialmente en los corazones de un buen número de asistentes, que aún no han dado testimonio de haberse entregado a Cristo, a los cuales vino también a salvar. — S. G. R.

Durante el mes de Diciembre próximo pasado nuestra Iglesia Evangélica Española, de Sevilla, ha desplegado gran actividad, habiendo sido todos sus trabajos muy bendecidos por el Señor. Debemos consignar una novedad, y es, que para no hacer las fiestas de Navidad demasiado largas, como ha sucedido en años anteriores, se acordó que cada una de las cuatro clases de nuestra escuela tuviesen su fiesta en cada uno de los Domingos de Adviento; empezaron el Domingo 30 de Noviembre la clase de D. Santos Molina, que nos deleitó con canciones y recitaciones. El Domingo 7 de Diciembre, la clase de doña Laura Ortiz, hizo corto el tiempo con los pequeños. El día 14, la de D. Antonio Jiménez Marcial, y por último, la clase de D.^a Sara Araujo, el día 21, puso en el público el bueno y agradable sabor de las fiestas de Navidad. Todas ellas se vieron muy concurridas, haciéndose en cada una de ellas una colecta a favor de nuestro Fondo de Edificación.

El jueves, día 25 de Diciembre, tuvimos nuestro solemne culto de Navidad, del que todos salimos grandemente edificadas, y dando gracias a Dios por su don inefable. — A Jiménez.

Desde Marín.

La Conferencia de fin de año.

De una larga reseña que por su mucha extensión, sentimos no publicar íntegra, entresacamos los párrafos más importantes.

Sabido es de todos las conferencias y cultos que aquí se celebran a fin de año. En éste, la concurrencia de hermanos de fuera ha sido excepcional. Con la simpatía y amor que caracterizan a los señores Turrall y a los hermanos de Marín, hubo, como en años anteriores, la comida para los visitantes en uno de los amplios locales dedicados a escuela, que estaba de bote en bote. Se veían caras conocidas de Vigo, San Vicente, Moreira, Castiñeira, Lucí, Carril, Lugo, Orense, Ferrol, Ares, etcétera. La expedición de Lucí, capitaneada por D. Cecilio Fernández, fué la más numerosa, contándose unas treinta personas.

Después de una comida animadísima, bajamos a dar un paseo por la villa marinense. A las tres comenzó el culto devocional, cantándose un himno y elevando

varios hermanos oraciones al Señor. Acto seguido, habló D. Benjamin Smith, basando su meditación en las palabras del Evangelio: «Bien lo ha hecho todo». «Repasando el año — dijo — puedo decir de mí que hice bien todo.» El cristiano dice: «Siervo inútil», pero el Señor contesta: «Bien, buen siervo y fiel». ¿Estoy sordo a lo que dice Jesús? Dios quiere que oigamos bien lo que Él desea decirnos. Cuando Él quiere decir algo, ¡cuán triste es el que uno no le entienda!... ¿Somos nosotros mudos?...

Tras el canto del himno: «Qué segura está la Iglesia», habló D. Samuel Chapman, sobre Deuteronomio, 33, 20-21. ¿Ocupa Cristo, en realidad, el primer lugar en nuestras vidas?... Él debiera ser siempre el primero. La tribu de Gad se hizo una fortificación, un lugar seguro para su familia. ¿Están fortificadas nuestras casas? Que nadie del mundo tenga dominio sobre éstas. Observo que hijos de creyentes viven extraviados. Parece como si el «serás salvo tú y tu casa», no se cumple. Padres, ¿quién cierra la puerta de la casa de noche? A las altas horas de la noche, cuando el padre duerme, están todos en casa?...

Después siguió D. Eurico, de Portugal, que, a pesar de hablar en portugués, fué escuchado con interés grande. «Guarda lo que tienes» (Apoc., 3, 11), fué su texto. Recordó que lo mismo en Portugal que aquí hay falsos hermanos, que quieren robarnos la felicidad. Por todas las señales, se puede ver que la venida del Señor está cerca, y de ahí la necesidad de vigilar nuestros corazones. ¿Estamos muertos para el mundo y vivos para el Señor?

El abnegado misionero, D. Edmundo Woodford, habló, especialmente, sobre la 2.^a de Pedro, 3, 9-15. Pedro hace una pregunta que debe despertarnos del sueño, que debe hacernos pensar. ¿Es verdad que vivo yo como el que espera a su Señor?... ¿Vivo en mi casa, como no teniendo nada aquí?... Debemos vivir esperando al que viene de los cielos. Procurad el reino de Dios por estas montañas, hermanos gallegos. ¡Qué bueno sería que de aquí salieran jóvenes para llevar el Evangelio!

El entusiasmo con que se cantó el himno «Cristo viene de los cielos», demostró que el fuego había prendido. ¡Aleluya!

La lluvia caía copiosamente. Había que ventilar el local para la reunión fraternal. Mientras saboreamos los ricos pasteles y, entre sorbo y sorbo, cambiábamos impresiones, el hermano ciego, de Orense, con el nuevo violín que le habían regalado algunos hermanos de Marín y Santo Tomé, hizo las delicias del auditorio. Fueron oídos con mucho interés los relatos de los colportores Campelo y Aparisi, así como los de D. Vicente Rodríguez y D. Cecilio

Fernández, sobre las nuevas obras en Luci y en la provincia de Lugo.

Después del descanso, entramos en el culto final, dedicado a la predicación para inconversos. Dió principio D. Antonio Bartoli, de Ares, y D. Eurico. «La mañana viene, y también la noche.» La mañana de bendición, pero también la noche de perdición. Continuaron D. Cecilio Fernández, de Luci, y D. Jorge Davies, de Benquerencia. Un breve llamamiento del señor Turrall, y las manifestaciones de algunos que deseaban comenzar con el nuevo año una nueva vida para Cristo, un cántico solemne y una oración ferviente y terminó este memorable culto.—*Galaicus*.

De Sevilla.

La Unión Cristiana de Jóvenes.

Después de los meses de verano en que el calor aprieta por estas tierras, se volvió a la actividad, dedicándose todo el interés en los trabajos para el mes de Diciembre. La Unión se ha visto engrosada por jóvenes del Grupo Infantil y señoritas de la congregación.

El sábado 6 de Diciembre pasado tuvo lugar la primera fiesta literariomusical, en la que también tomó parte el Grupo Infantil con números de gimnasia; los jóvenes unionistas representaron *Obras son amores* y *El tacaño Salomón*. El día 13 del mismo mes tuvo lugar la segunda velada, repitiéndose *Obras son amores, Lectura y escritura* y *Nochebuena*. En estas dos fiestas se ha visto gran animación, aunque con las huelgas y el paro de tantos obreros, de los que principalmente se compone nuestro público, no ha sido, en lo tocante a la moneda, tan buenas como otras. Lo que de ellas se sacó, entró integro en el Fondo de Edificación. Los jóvenes se portaron admirablemente, siendo muy aplaudidos, mereciendo especial mención las señoritas Mercedes Granado, María Jiménez, Teresa Maqueda, Rosa Guillén, Salud Pérez, Manuela Estudillo. y los Sres. José Trigo, Manuel Borrego, Antonio Humanes, José Morillo y Antonio Jiménez Marcial.

El Señor bendiga todos nuestros esfuerzos. — *A. Jiménez*.

EXTRANJERO

Un obispo convertido al Protestantismo.

El resultado de una visita a Roma.

Leemos en *The Christian World*, de América, que recientemente ha tenido lugar la conversión al Protestantismo de un obispo de la Iglesia Romana. El doctor D. Julio Garrett, que fué consagrado en 1924 como obispo de la Iglesia Romana en Cochabamba (Bolivia), ha sido recibido en el ministerio de la Iglesia Protestante Metodista Episcopal de los Estados Unidos. El Sr. Garrett, en una visita

que hizo a Roma poco más de un año ha, vió tales cosas, que empezó a dudar de la legitimidad de las demandas del Papa, y después de unas conversaciones con el Rdo. Walter Lowrie, a la sazón rector de la Iglesia Episcopal en aquella ciudad, dejó formalmente la comunión romana. Durante los diez primeros meses del año último estuvo sirviendo, como en período de prueba, el cargo de pastor ayudante de la Iglesia de San Andrés, en Puerto Rico. El Dr. Garrett, que tiene ahora cuarenta y dos años, es natural de Bolivia, y por eso es muy apto para la labor en los pueblos de América de habla española.

Ya hablaremos más de este asunto.

Estados Unidos.

Ha existido la costumbre de que los presidentes hagan el juramento de estilo al asumir el Gobierno, poniendo sus labios en la Biblia abierta. Generalmente han escogido ciertos pasajes que revelan alguna aspiración del presidente.

El presidente Hoover escogió el texto: «Dichoso aquel que guarda tu ley».

Notas breves.

Mucho celebramos que se haya concedido a nuestros queridos amigos, D. Manuel Borobia y señora, de Valladolid, el subsidio que el Gobierno concede por familias numerosas. Los señores Borobia son padres de nueve hijos, y lo tienen tan merecido como tantos otros a quienes se ha concedido.

— El pastor de San Sebastián, Rdo. Antonio J. Díaz, otro amigo muy estimado, nos suplica hagamos presente su sincera gratitud a cuantas personas le han escrito interesándose por el estado de su hijo Juan Bautista, operado no hace mucho en una de las clínicas de Guipúzcoa.

— Por un error involuntario dijimos que la hija mayor de D. Enrique Lindegaard se encontraba gravemente enferma, cuando se trata de la hija segunda. Esto no aminora en lo más mínimo nuestro ferviente deseo de que el Señor restablezca a la enfermita a su pristine salud, si es de su agrado.

— En la Iglesia Evangélica de Sans (Barcelona), fué bautizada el día 23 de Noviembre pasado una niña con los nombres de Natividad Vicenta Elisa, hija de D. Federico Botella y D.ª Natividad Mingacho, miembros de esta Iglesia. Felicitamos a estos buenos hermanos por el nacimiento de su primogénita, deseando que el Señor les colme de bendiciones.

— El día 25 de Diciembre se administró las aguas del bautismo al niño José Molina Marcial, hijo de D. A. Molina y D.ª Natalia Marcial, en la Iglesia Metodista, de Sevilla. Enhorabuena.

— En la Iglesia de Cristo, de Sabadell, el día de Año Nuevo, y antes del Culto de Comunión, solemnizaron su enlace matrimonial, previo el acto civil en el Juzgado, los esforzadores y miembros de esta Iglesia, señorita Amparo Gandía Galdón y D. Jesús Sabando Arroyuelo. El acto resultó muy solemne, y los muchos invitados no evangélicos manifestaron lo mucho que les había impresionado el acto. Recibían los recién casados y sus respectivas familias nuestra cordial enhorabuena.

— El día 23 de Diciembre falleció en Jerez de la Frontera el joven suizo Hans Maurer Bülle, de veintitrés años, soltero, evangélico, empleado en las bodegas de Diez Hermanos. Los propietarios de esta casa dieron permiso a todos sus empleados para asistir al entierro, asistiendo también dos de ellos y pusieron un automóvil a disposición del pastor don Enrique Tomás. Un centenar de personas de la alta sociedad estuvieron presentes en el acto del sepelio hasta que se echó la última paletada de tierra. Acom-

pañamos en su dolor a los ancianos padres, que residen en Suiza y tuvieron noticia de la enfermedad de su hijo cuando ya éste había fallecido.

— El día 28 de Diciembre pasó a mejor vida don Miguel Espert, miembro de la Iglesia de Sans desde más de cuarenta años, y durante unos veinte años Anciano de la misma. El día 30 se hizo el sepelio, oficiando en la casa mortuoria, el pastor de la Congregación, D. Teodoro Fernández, y en el Cementerio, el mismo pastor y el de Rubí, D. Juan Capó. Reciban los hijos del finado, todos de la Iglesia de Sans, y los nietos, nuestra condolencia, deseando que el Señor les consuele y conforte.

DEL DOMINGO DE LA PRENSA

Con la lista que hoy publicamos ponemos fin a los donativos del Domingo de la Prensa. La cifra obtenida está muy lejos de ser la que proponíamos; pero no por eso estamos menos agradecidos a nuestros generosos amigos. Seguiremos recibiendo agradecidamente cuantos donativos se nos envíen para ayudar a la publicación de este periódico, y de vez en cuando publicaremos nota de los que se vayan recibiendo. Por anticipado, nuestra sincera gratitud.

Donativos recibidos.

| | Pesetas. |
|--|----------|
| Suma anterior. | 1.264,70 |
| Donativos de Montevideo: | |
| Comité Evangélico Español | 100,— |
| Joaquín Ibarburgu. | 14,— |
| Regino Galdós. | 14,— |
| Manuel Puch. | 10,— |
| Benigno Valledor | 5,— |
| Prudencia Castro | 2,— |
| Caridad Castro. | 2,— |
| A. M. C., Madrid | 10,— |
| Encarnación Gutiérrez, Madrid. | 5,— |
| Capilla del Seminario Evangélico Unido | 20,— |
| José Madrazo, Nueva York. | 50,— |
| Valdemar Moller, Barcelona | 7,— |
| Zacarías Carles, Denia | 2,— |
| Eladio de la Cruz. | 1,35 |
| Juan Usach, Reus | 4,— |
| Manuel Fuentes, Coruña | 2,— |
| Miguel Abelló, Tarrasa. | 5,— |
| Francisco Petriz, Urdués | 2,— |
| Luis Moreno, Escorial | 7,— |
| Iglesia del Redentor, San Sebastián. | 25,— |
| SUMA TOTAL. | 1.552,05 |

Nuestros amigos generosos.

B. Castell, Tremp (un donativo para anuncios), 6,—

Palabras de aliento.

Adjunto le remito un cheque de cincuenta pesetas para que sirvan de ayuda para el periódico ESPAÑA EVANGÉLICA, que tanto amo, pues en muchas ocasiones en su lectura he encontrado alivio a mis tribulaciones y consuelo para mi espíritu. — José Madrazo, Nueva York.

Nuestra Estafeta.

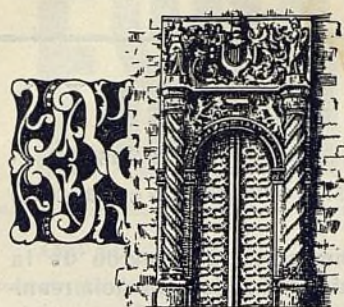
J. M. T., Jerez. — Recibido su giro para abono de suscripción de J. C., de El Bosque. Mil gracias.

S. G. R., Barcelona. — Ya su hermano nos dió la dirección nueva. También muy agradecidos.

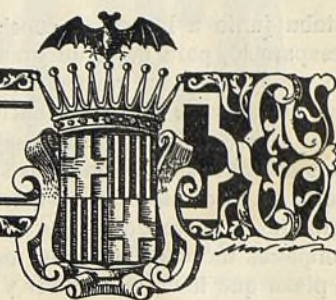
J. U., Reus. — Enviamos al nuevo suscriptor el número atrasado y el recibo del año.

S. V., Tarrasa. — Le decimos lo mismo en cuanto al nuevo abonado.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE POR ANTONIO VALLESPINOSA



(Continuación.)

Los únicos literatos que dieron muestras de interés por el Evangelio fueron: Don José Surroca, natural de Reus y abogado de Barcelona, y D. José María Nin, intendente de los ejércitos de Cataluña. El primero me ofreció su pluma y cuanto fuera necesario para el progreso de nuestra Obra; y el último me dijo que siempre que hubiera necesidad que se lo participara y contribuiría. Ambos demostraron más tarde sus ofrecimientos.

D. José María Nin fué muy conocido del público, en el período de 1850 a 1854, por sus ideas liberales y por sus ataques a los errores de Roma. Su periódico fué encarnizadamente perseguido por el obispo Costa y Borrás, hasta que últimamente fué suspendido. Llamábase *El Sol*, siendo sus principales redactores el mencionado Sr. Nin y el Sr. Ribot y Fontseré, que en el año 1854 fué diputado a Cortes por los demócratas y liberales de la provincia de Barcelona.

Según me comunicó el impresor de aquel diario (Sr. Oliveres, que vivía en la calle de los Templarios), no era el Sr. Nin el autor de los famosos escritos que tanto llamaron la atención, sino el Rdo. Vilasdebó, empleado, según creo, en el hospital de Barcelona. Mi opinión es que este sacerdote traía los argumentos y el señor Nin los arreglaba para publicarlos en el periódico.

Regalóme dicho impresor un libro manuscrito, titulado *Historia del Protestantismo*, escrito por D. Tomás Bertrand Soler Molins, abogado de Barcelona, y que en unos registros que se hicieron en su casa pudo salvarlo de las manos destructoras del obispo de Barcelona. Se trata de una obra de unas cien páginas en 8.º menor. El abogado desapareció, y sus amigos, que eran otros abogados y algunos médicos y farmacéuticos de Barcelona, murieron en el período de tantos años.

Volviendo a nuestras conferencias, debo decir que la lista de firmas fué sólo durante las cuatro o cinco primeras reuniones, pudiendo después, el que poseía una tarjeta, llevar otras personas consigo. De modo que las setecientas y pico de firmas que recogimos lo fueron sólo en aquellas primeras reuniones.

La exigencia de la tarjeta era, en aquel tiempo, una necesidad; pues a no haber obrado así, se habrían repetido los tumultos del año 1854, cuando el Sr. Ruet, en aquel bienio de libertad, procedente de Turín, se presentó en Barcelona a predicar el Evangelio y dar algunas conferen-

cias sobre el Protestantismo. Llegado esto a oídos del clero, se envió un enjambre de estudiantes a la calle de las Molas, donde vivía dicho señor; promovieron un alboroto, arrojaron piedras a las ventanas de su casa, lanzando insultos y haciendo toda clase de burlas. Al fin tuvo que dejar sus conferencias y trabajar en secreto, hasta que, por último, como obraba contra la ley, fué metido en la cárcel, y después de siete meses, extrañado del Reino y enviado en un barco a Gibraltar.

En vista, pues, de lo que acabamos de decir, no hay duda que nuestro modo de obrar fué seguro y discreto. Y en virtud de nuestras precauciones y de la actitud de nuestros oyentes, el clero tuvo que abandonar sus perversas intenciones.

Que mi vida corría peligro era cosa admitida por mis amigos y enemigos. Yo era el único blanco de los curas; y si, por desgracia, se me hubiera quitado la vida, las consecuencias habrían sido graves. Habría corrido sangre y algunos incendios habrían iluminado la ciudad. Recuerdo que el Domingo que hubo aquella confusión, con síntomas de alboroto, se presentaron con tarjeta, cuatro tejedores, en el taller del Sr. Briansó. Al verme, me dijeron, llenos de cólera: «D. Antonio, si le matan a usted, el mismo día se pegará fuego a todos los templos de la ciudad». Y creo que lo hubieran hecho como decían, pues había un centenar de hombres dispuestos a todo para vengarme. Y estaban tanto por mí, que si me hubiera puesto al frente de ellos e insinuado que aquéllos eran mis deseos e intenciones, lo habrían hecho al instante sin titubear. Mas yo siempre prediqué la paz, el perdón y la vigilancia. Los romanistas de Barcelona eran vigilantes, pero vengativos y conspiradores.

Aún recuerdo un día que, pasando por la calle del Hospital, frente a la plaza de San Agustín, me paró una pobre vieja; estrechó mis manos y me dijo: «¡Ah, don Antonio, qué alegría tengo de verle! Creí que a estas horas le habrían a usted asesinado. ¡Dios le proteja!» Y se marchó alegre, por haberme visto vivo; y triste, porque creía que mi vida no estaba segura. Lo más extraño es que ni sabía, ni supe jamás, quién era esa mujer. Más adelante veremos algunos encuentros y persecuciones que tuve que sufrir, y de los cuales me salvé gracias a mi desconfianza de todo.

CAPÍTULO XVIII

Petición para conseguir un templo.— Entrevista con un concejal.— Demolición de iglesias y conventos derribados.— Nuevo local para los protestantes.— Mr. Meyrich y Mr. Dallas.— Un reto del Dr. Rougier.— El reto aceptado.— Carta de Fray José María Rodríguez.— Contestación a la carta.

A pesar de tanto tiempo transcurrido, no pudimos encontrar local a propósito para nuestras reuniones. Había pocos para alquilar; y esos pocos, tan pronto oían los propietarios lo de «protestantes», era como si oyeran de gente sin Dios y sin religión.

En medio de estos trabajos, el Sr. Oliveres, librero de la calle de Escudillers, me aconsejó que hiciera una petición al Ayuntamiento, solicitando la ex iglesia del antiguo palacio de los reyes de Aragón, que servía desde muchos años de almacén y depósito de piedras. Hállase este edificio en la plaza del Rey, contiguo al convento de las monjas de Santa Clara.

A tal fin me vi con mi amigo y paisano D. Cirilo Montserrat, banquero, de Barcelona, quien me presentó a un joven concejal de aquella ciudad; y al hacerle presente mi objeto, me contestó que sus principios eran que el Estado no debía proteger Iglesia alguna, y que, de consiguiente, tampoco debía favorecerme a mí. Repliquéle que ésos eran también mis principios; pero que, una vez que no regían, debían ponerme en igual posición que la de los favorecidos, puesto que todos queríamos igualdad ante la ley. Ellos tenían templos, y también debíamos tenerlos nosotros, porque éramos ciudadanos lo mismo que ellos, y aun mejor que ellos, porque nosotros nos sometíamos a las órdenes emanadas del Gobierno, y ellos, no. Antes al contrario, conspiraban para derribarlos. Mas todos mis razonamientos fueron inútiles. No quiso enterarse de nada. En suma, que me quedé como antes estaba.

Tres o cuatro meses después, el Sr. Nin me dijo que le habían asegurado de cierto que, si yo hubiera pedido al Ayuntamiento directamente una iglesia, se me habría concedido, y que así se lo habían dicho algunos amigos suyos que formaban parte de la corporación municipal.

Mientras me ocupaba en buscar un local para mi Iglesia, el Ayuntamiento de Barcelona derribaba cuatro templos, que consideraba un estorbo para el embellecimiento de la ciudad. Hubo mucha oposición, y no pocas amenazas, por parte del clero, pero todo fué inútil; las iglesias fueron derribadas. La de San Miguel, que

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

